
Pregón de la Semana Santa de Calamocha

16 abril 2011

Párrocos Consiliares
Presidente de la Junta de Cofradías
Hermanos Mayores
Amigos y vecinos de Calamocha

Quiero haceros confidentes y cómplices de las emociones que siento desde que se me ofreció participar en el Pregón de la Semana Santa de Calamocha. Los sentimientos que me asaltan son una mezcla de máxima responsabilidad y de un inmenso respeto hacia unas instituciones, las Cofradías y Hermandades que, durante siglos y con el esfuerzo, ilusión y dedicación de muchas personas, han dado forma a uno de los **proyectos colectivos** de mayor calado que hemos sido capaces de crear los calamochinos como comunidad humana.

Hace veintisiete años ingresé en la Cofradía del Santo Sepulcro. Entonces no podía imaginar el cúmulo de vivencias que me habría de deparar el participar en una manifestación religiosa y cultural como es la Semana Santa de Calamocha. Hecho que, de alguna manera, también me ha influido en lo que hoy soy.

Debo decir que esta experiencia me ha aportado sensaciones y momentos que no hubiera imaginado. Vivencias que, seguramente, muchos de vosotros también habréis experimentado, y que resultan muy difíciles de comprender a quiénes ven desde fuera nuestra Semana Santa.

Momentos emotivos como la primera procesión de Jueves Santo, en aquel lejano mes de abril de 1984 arropado con gran cariño por los veteranos cofrades del Santo Sepulcro que hoy son mucho más que amigos.

Como la alegría que me deparaba el encuentro anual con los mismos mientras preparábamos el paso procesional, tras meses de ausencia y de falta de contacto al vivir entonces fuera de Calamocha. E, igualmente, los buenos momentos de convivencia al recogerlo y hacer balance de la Semana durante el consabido vermú del Sábado Santo.

Experiencia como la vivida unos años después, al ostentar la responsabilidad de representar a mi cofradía como Hermano Mayor durante los actos litúrgicos que, en el Santo Sepulcro, recae en cada sus cofrades por riguroso orden de veteranía. Posiblemente un momento único de nuestras vidas.

Como la sensación que me inunda al entrar en el templo parroquial cada Viernes Santo cuando, al volverme, contemplo el conjunto de cofradías dispuestas en la plaza con esa inquietud y emoción que, inevitablemente, nos inunda a todos momentos antes de sumergirnos en el silencio y oración que representa el Santo Entierro.

O esa alegría que experimentamos los padres cuando tus hijos, de muy pocos años, disfrutan emborronando papeles con dibujos infantiles de *todas* las cofradías calamoquinas, con sus hábitos e instrumentos, mientras canturrullan los toques procesionales que ya conocen bien. Son unas vivencias que penetran en sus vidas recién comenzadas y que ya comienzan a ser algo suyo.

O esa profunda satisfacción ¡ay como somos los padres! cuando cada uno de nuestros hijos, se integra en nuestra cofradía. Te das perfecta cuenta de la enorme emoción que han acumulado durante años y que, cual movimiento sísmico, se libera bruscamente en aquella primera, pero también en cada una de las siguientes semanas santas.

También recuerdas la escasa eficacia de tus argumentos de adulto sobre sus mentes infantiles, cuando les razones que su cofradía no luce elegantes capas ni emplea esos tambores que tanto les fascinan —y que llevan sus amigos—, por que la suya es, precisamente, la cofradía del silencio.

O el orgullo que supone para ellos poder llevar el estandarte o portar al hombro la antigua peana con la histórica talla del Cristo yacente. O cuando sabes que, secretamente, van llevando la cuenta calculando el momento de cuándo les corresponderá ser el Hermano Mayor.

Todo esto, coincidiréis conmigo, son vivencias únicas que se dan en todas y cada uno de las cofradías de la Semana Santa de Calamocha.



Pero también, en el otro extremo del río que es *la vida*, piensas en los cofrades mayores edad que, por las propias limitaciones de salud que establece la edad, les llega el momento de abandonar –con silencioso dolor– la fila de la procesión. Los sientes muy cerca cuando la acompañan, ahora desde la acera, con el mismo sentimiento que siempre, mientras nos encienden las velas que, una y otra vez, se obstina el cierzo en apagar.

Estas vivencias de veintisiete años de la Semana Santa de Calamocha también me han permitido tener una perspectiva de su reciente evolución, con sus muchos avances pero también intuyendo los difíciles retos que suponen los nuevos tiempos y los correspondientes cambios sociales.

Éxitos que son de una amplia comunidad humana, la de los vecinos de Calamocha, y el de tantas personas que viviendo lejos sienten con cariño su pueblo y la de otras tantas que, por diversos motivos, la vida les ha acercado hasta nosotros.

Es el mérito de aquellos atrevidos que, percibiendo la decadencia que iba instalándose en la Semana Santa de Calamocha, a finales de los años setenta del pasado siglo abordaron con audacia, tacto y trabajo una serie de cambios en la misma naturaleza de las cofradías para hacerlas más abiertas y participativas. Pero también la de aquellos cofrades veteranos que, comprendiendo la gravedad de la situación, se



sumaron a dicho proceso de refundación y no dudaron en compartir generosamente con nuevas personas lo que hasta entonces era su cofradía: una institución de carácter familiar y hereditario.

Muchos han sido los frutos de aquella transformación.

Recuperar o incorporar el hábito como signo propio de cada cofradía, aunque se quedaran en el camino —a excepción de alguna como la de Jesús Nazareno o la de La Soledad— el tercerol como rasgo de identidad de la Semana Santa de Calamocha en favor de los foráneos capirotos. O la de incorporar con nuevo enfoque carracas o matracas por las cofradías de La Oración de Jesús en el Huerto o de Jesús atado a la Columna, cuyos sonidos vibrantes y atronadores rasgan las tardes y noches procesionales. Aciertos, igualmente, como fueron la incorporación de tambores y bombos, de clara influencia bajoaragonesa, en las cofradías de la Entrada de Jesús en Jerusalén, del Santo Cristo y del Santísimo Ecce Homo, que tanta participación ofrecen y que tanta atracción ejercen en niños y jóvenes. O aportaciones patrimoniales históricas resultado de este crecimiento entusiasta, como son la restauración o la construcción de nuevas imágenes y pasos procesionales, en las cofradías ya citadas o en las de La Dolorosa o el Santo Sepulcro.

Fruto de los cambios trazados y desarrollados desde entonces ha sido el espectacular impulso que ha conseguido nuestra Semana Santa. El relanzamiento de las cofradías tradicionales con un importantísimo crecimiento en cuanto al número de cofrades y la creación de otras nuevas como la de la Entrada de Jesús en Jerusalén o la de la Hermandad de Romanos hasta alcanzar, en suma, cerca de setecientos cincuenta cofrades. Cada una con su carisma, con su manera de entender la celebración, manteniendo una diversidad tan necesaria como enriquecedora.

Este empuje no ha quedado circunscrito a los límites físicos del término municipal y ha tenido una influencia positiva en el relanzamiento de las celebraciones semanasantistas de otras localidades vecinas. Esto cristalizó en la constitución de la Asociación Amigos de la Semana Santa del Jiloca, expresión de una mayor madurez organizativa y de una visión social y territorial más amplia y ambiciosa.

Pero, en mi opinión, el fruto de mayor alcance de nuestra Semana Santa ha sido el dar cabida y ofrecer un cauce de participación en esta manifestación religiosa a toda la sociedad calamochina. A personas de todas las edades, de muy diversas formas de pensamiento y de muy variadas maneras de vivir el hecho religioso. De vincular a los hijos del pueblo, a los que la vida llevó lejos de las aguas del Jiloca que disponen así de un motivo más para disfrutar de la convivencia con sus familiares y amigos, reforzando sus raíces afectivas y transmitiéndoselas a sus propios hijos. Pero

también el hecho de posibilitar una fácil integración a aquellos nuevos vecinos que han querido y que también sienten a Calamocha como algo propio.

Pero resulta imposible mantener de forma permanente esta pujanza. Tras unos primeros años de auge imparable han seguido otros de estabilización y ya se aprecian ciertos indicios de agotamiento. No hay que asustarse.

En estos casi treinta y cinco años la sociedad ha experimentado profundos cambios y todos nosotros también.

La Semana Santa, además de una manifestación religiosa y cultural, es también un breve y anhelado tiempo de vacación. Los niños que han nutrido sus filas se han hecho jóvenes y han descubierto nuevos horizontes. Algunos mudan de gustos y aficiones. Todos, con los años, organizan sus vidas, y aún sintiendo un gran cariño por Calamocha, comprenden que es sólo un pueblo dentro de un mundo muy grande pleno de gentes y lugares maravillosos por conocer.

Y tampoco debe olvidarse que el desánimo, como el entusiasmo, es contagioso. Y cuando un desarrollo es muy rápido existe el riesgo de que el declive también lo sea.

Todo ello en el marco de una crisis económica que se vaticina larga y profunda que, sin duda, va a ejercer su influencia en casi todos los ámbitos de nuestra vida. Y también de nuestra querida Semana Santa calamochina.

A pesar del esfuerzo aplicado desde las hermandades y la Parroquia, es manifiesto un tímido pero perceptible descenso en la participación de cofrades y de acompañantes en las procesiones y en otros actos religiosos.

Ante esta situación cabe la tentación de comenzar a recurrir a la nostalgia.

Pero nos hace falta algo de perspectiva temporal.

La Naturaleza ofrece múltiples enseñanzas a los humanos para resolver nuestros problemas. Me he tomado la licencia de establecer un paralelismo entre nuestra Semana Santa –y, en definitiva, nuestra sociedad– y la vida y desarrollo de un árbol, para comprender su evolución y de paso apuntar ideas encaminadas a su progreso.

No se trataría de un árbol de ribera, de los que cuentan con abundante agua y nutritivos limos entre sus raíces. Árboles como el sabimbre o el chopo, pueden permitirse cada año renovar sus hojas. Estos árboles de rápido y fácil desarrollo que vemos en nuestra vega.

No. La Semana Santa de Calamocha se asemeja más a una de esas resistentes carrascas de hojas correosas y menudas. De esas carrascas, como las que crecen achaparradas entre los peñascos del Cerro Santa Bárbara, curtidas en prolongadas sequías y en sofocantes veranos. De esas que, sobre suelos rocosos y pobres, crecen con dificultad y de forma inapreciable aportando, año a año, una pequeña cosecha de humus sobre sus raíces.

En su dilatada vida han sido más que abundantes los años de penuria. Largos periodos en los que el árbol ajustaba su crecimiento o la producción de fruto a las sequías y otros avatares. Durante amplios periodos las cofradías contenían el gasto, esperaban tiempos mejores y disfrutaban mientras tanto de lo mucho bueno que ofrece la hermandad y una religiosidad sencilla.

Y cuando llegaba un cambio de ciclo, con lluvias abundantes y temperie benéfica, del viejo tronco surgían vigorosas ramas y raíces, abundantes hojas y frutos. En nuestro símil, nuevas cofradías, nuevos pasos procesionales y nutridas filas de cofrades.



En nuestra corta experiencia hemos vivido ambas fases. La del árbol decadente, abrasado y reseco, aquel que fue perdiendo hojas y ramas, y ya casi se daba por muerto. Y la de un prolongado ciclo de abundantes nevadas y de lluvias serenas en el que la vieja carrasca ha ido creciendo para hacerse un formidable árbol monumental.

Y es posible que nuevas sequías lo vuelvan puntiseco. No sería la primera vez. Es posible entonces que tarde en dar grandes cosechas. Pero nuestra carrasca, nuestra Semana Santa, ha desarrollado raíces profundas y un manto de humus que ayudará a sobrellevar los tiempos difíciles cuando vengan, si no han venido ya.

Y... ¿cómo? Pues con la misma estrategia que nuestros mayores. La devoción y el cariño a su cofradía.

Manteniendo y consolidando lo mucho conseguido, reduciendo lo superfluo y nutriendo y cuidando a nuestras yemas, los futuros renuevos de este viejo árbol.

Calamocha ha ido consolidando una Semana Santa con su propia identidad acorde a su carácter y a su medio. Unas procesiones que son una oportunidad para la reflexión personal y la oración, donde podemos revisar si el amor entre las personas, el nítido mensaje de Jesús, es el verdadero motor de nuestras vidas. En las que resulta imprescindible el anonimato, que debiera ser total. En las que la organización tenga su justo papel y no acabe convirtiendo la procesión en un marcial desfile. En las que se comprenda, en definitiva, lo que es un medio y lo que es un fin.

Y para ello debemos seguir mostrando lo esencial a nuestros niños y jóvenes.

A encaminarlos para que la cofradía sea una escuela de respeto en la que se sepa escuchar y exponer ideas con educación, siempre con la disposición para aprender. A mantener y desarrollar esa pequeña escuela de responsabilidad que es la asistencia a ensayos o la preparación de los pasos. A intentar mejorar nuestra cofradía sabiendo bien que lo más importante no son los ornamentos ni las túnicas. En otras palabras, no pegarnos al suelo y sí a elevarnos. Y también a disfrutar de la convivencia entre los cofrades, a saber saborear una merienda o un vermú compartido, algo también tan necesario.

Nuestra Semana Santa, tal como la conocemos, es el fruto de unas generaciones y de unos tiempos. Y su futuro está en manos de los actuales niños y jóvenes.

Entiendo que es imprescindible crear un clima en las cofradías que permita a los más jóvenes asumir responsabilidades, escuchar sus ideas y ponerlas en práctica cuando así se acuerde entre todos. Uno de los mayores riesgos es que nuestros chicos y chicas no sientan la necesidad de innovar por temer la desaprobación de sus proyectos. Que sigan haciendo lo mismo que nos han visto hacer por el miedo a la crítica.

Lo que encuentran es lo que los adultos hemos sido capaces de conseguir. Pero no debe ser más que una referencia, y no una losa ni una ley inexorable para sus nuevos enfoques, ideas y proyectos.

Si la Semana Santa de Calamocha ha conseguido la actual pujanza, fue por las nuevas ideas que surgieron entre jóvenes audaces, tras su contraste con la experiencia aportada por los mayores.



Los veteranos debemos saber enseñar con cariño y repartir tareas. Si los jóvenes no encuentran ámbitos de participación, de sentirse responsables y protagonistas, decaerá su interés con los años, los cruciales años en los que se decide dónde se viven estos días.

Con este acto comienza la Semana Santa de Calamocha de 2011. Vivámosla como una oportunidad para mejorar como personas, como un momento para disfrutar entre familiares y amigos y como una ocasión de mantener vivo el legado de nuestros mayores.

Muchas gracias.